

## CAPÍTULO XXVI

La gran confianza que en su Dios tenía Rosa, se manifiesta repetidas veces en los socorros con que aliviaba el cielo sus necesidades y las de sus parientes y amigos.

**D**ESDE sus primeros años comenzó Jesucristo á preparar el alma de su esposa con bendiciones de suavidad y dulzura, enseñándola á poner toda la confianza en los auxilios del Altísimo. De aquí el que durante todo el resto de su vida fuera tan grande la seguridad que tenía; entendiendo que Dios la había admitido bajo su protección y amparo. De aquí venía el tener tanta afición y sentir tanta dulzura con la primera cláusula del Salmo 69, donde dice David: «Dios y Señor mío, dignese vuestra grandeza de socorrerme en todos mis aprietos, dándose prisa en ayudarme en los peligros.» Este verso casi nunca se le caía de la boca. Este cantaba suavísimamente en tono bajo mientras hacía labor ó se ocupaba en el trabajo de manos. Este repetía devotísimamente cuando

estaba sentada ó en pie ó cuando se paseaba; y no se veía harta de decirle una y muchas veces; especialmente después que llegó á su noticia que este mismo verso formaba las delicias de su maestra Santa Catalina, y que usaba decirle frecuentemente. Rogaba á los que entendían latín y tenían inteligencia de las sagradas letras, que le declarasen docta y profundamente el énfasis que tenían las palabras latinas de este breve verso; pero nunca pudo hallar maestro que se le explicase mejor que ella lo entendía; ó que le diese á sentir ya con experiencia ya con argumentos la oculta dulzura que se encierra en este panal dulcísimo. Preguntándola una vez cuál era la razón por qué le cayó más en gracia que otro alguno de los millares que contiene el Salterio, respondió que le agradaba tanto: ya porque en él había hallado todo consuelo su seráfica Madre, ya también porque todas las sílabas de este verso estaban llenas de secreto fuego de familiar confianza en Dios, y que no podía ocurrirle otro alguno, que más sabrosamente ni con palabras más propias satisficiera el gusto y el paladar de su alma.

La certeza, nacida de la confianza, que el cielo la infundía, no dejaba duda en la virgen en orden á conseguir tres cosas: la bienaventuranza eterna, la amistad continuada con Dios, sin que se interrumpiera por el pecado mortal ó culpa grave; y finalmente que Dios la había de socorrer en cualquiera necesidad ó peligro repentino que se le ofreciese. Iremos explicando en particular cada cosa.

Buscaba ocasión la piedad celestial del divino Esposo para asegurar á la virgen la gracia singularísima que la concedería, de la felicidad eterna. A este fin permitió que una vez le sobresaltase algo el temor del secreto de su predestinación, que es una consideración terrible para todas las almas temerosas. Angustiábase la inocente Rosa, considerando que podía suceder que pereciera para siempre. Cegábase con las tinieblas del inmenso abismo de los juicios ocultos de Dios, que se

le ponían delante. No tardó el Señor en socorrerla muy á tiempo, recreando el corazón afligido y abatido de su esposa, hablándola con ternura y agrado y diciéndola: «Hija, yo á nadie condeno, sino á los que voluntariamente quieren condenarse. Y así de hoy en adelante vive quieta y segura.» Es indecible cuán sólida é invicta fué la confianza que imprimieron estas pocas palabras en el corazón de la virgen; porque por el modo de pronunciarlas entendió que se le significaba más que con ellas mismas. Y de allí adelante no permitió el Esposo que fluctuase con dudas, la que estaba fija con el áncora de la esperanza cierta de su salvación eterna.

El Doctor Juan del Castillo alguna vez, entre otras cosas, preguntó á la virgen, si por revelación divina tenía noticia segura de que estaba predestinada. Como estaba poco versada en los términos de escuela, detúvose, no alcanzando la significación de esta palabra, predestinación, que es escolástica, ni su etimología, ni había oído más que por ella se significaba un misterio impenetrable, que no debían escudriñar temerariamente los mortales. En vista de esto respondió temerosa diciendo: que no había tenido noticia de tan alto y sutil misterio. Mas después que el que la examinaba, como prudente explicó más claramente la pregunta, usando de rodeos y perífrasis convenientes para darse á entender, no pudo ya Rosa ni era justo negar la verdad. Y así dijo que: «muy con tiempo por soberana ilustración había entendido que Dios *ab æterno*, la tenía elegida para la gloria celestial; y que por beneficio admirable de la divina largueza estaba tan firme en esto y tan certificada, que no le quedaba más que desear, ni le parecía había necesidad de más clara revelación.»

Hizo constar esto mismo la virgen en su última enfermedad. Estando entonces tan cierta de que había de ser felicísimo el tránsito de esta vida; que llegó á conocer, que ni un breve espacio de tiempo había de detenerse en el purgatorio; y diciendo uno de los que se hallaron presentes que esta era gracia singularísima

concedida á pocos, y que era no pequeña dicha la de aquellas almas que partían de este mundo sin temor de que purificasen en el otro las llamas del purgatorio la escoria que en esta vida se había mezclado con las obras virtuosa; y que este era todo su deseo, gozar de esta buena suerte, aunque algo penosa; la virgen oyendo esto, cobrando nuevos bríos, como le daba tanta alegría interior la confianza cierta que en ella reinaba, respondió animosamente: «¿Qué viene á importar todo eso, si yo tengo un Esposo que puede hacer mercedes grandes y raras; de quien no es razón esperar menguados favores ó medianos beneficios con pusilanimidad y corta confianza?» Por lo cual esperaba alegre la muerte, mirándola como á portero que la abría las puertas del Paraíso. Vióse esto en que cuando declararon los médicos, que estaba la naturaleza del todo rendida y que no podía escapar de aquella enfermedad, y que se dispusiese para el último día, respondió con grandísimo despejo, sin miedo y sin turbación: «Que se alegraba mucho con tan venturosa y agradable nueva; que se admiraba mucho de que no se lo hubiesen dicho mucho antes, por temor de contristarla, siendo así que esto era lo que más ella deseaba.»

Más digno de memoria es el prodigio que aseguró á Rosa de su salvación, cuando habitaba la retirada celda de su huerto. Estaba suspensa en oración y de repente se vió rodeada de muchas rosas, esparcidas por el suelo. Admirándose, sin saber por donde tan repentinamente se había convertido aquel sitio en una primavera florida, se apareció el Niño Jesús en los brazos de su Madre purísima, y llamando amorosamente á Rosa, la mandó que recogiese en la falda de la vasquiña todas aquellas flores. Cogió la virgen las que pudo, hasta llenar la falda, y ofreciólas todas al divino Niño. El entonces pidió que le diese solo una; recibióla con agrado y dijo: «Esta rosa eres tú, de esta se encarga mi providencia para mirar por ella con especial cuidado; tú podrás disponer de todas esas otras como te dictare el

gusto y mejor te pareciere.» Entendió la prudente virgen á qué se ordenaban palabras tan preciosas y tan favorables del delicado y tierno Esposo. Gozábase su espíritu viéndose en tan alto lugar, como era la diestra del Salvador, donde se hallaba como rosa escogida. Acordábase de lo que este Señor dijo por San Juan en el capítulo 10: «Las almas que yo guardo en mi mano nadie podrá quitármelas, y yo les doy la vida eterna.» Llevada Rosa entonces del raudal de gozos que la inundaban, no sabía de sí, ni cuidaba de preguntar lo que había de hacer de las otras rosas. Sólo se le ofreció tejer una guirnalda, que con toda reverencia puso en la cabeza del divino Infante, el cual volviéndose á su Madre, y riéndose con ella suavísimamente, desapareció luego. Sospechó después la virgen, que por las rosas que había visto esparcidas por la tierra, eran significadas las doncellas, que por entonces vivían en Lima y que después habían de recogerse en el nuevo monasterio de Santa Catalina, que había de edificarse; para que atadas con el vínculo de la profesión, formasen una vistosa guirnalda que coronase al Esposo de las vírgenes, sirviéndole con castidad y pureza; para recibir después de su liberal mano la corona de gloria, de honor y bienaventuranza. Así sucedió; pero no hasta que murió Rosa, como diremos después en el capítulo siguiente.

Igual era el consuelo de que gozaba nuestra Rosa, por estar cierta de que se hallaba en gracia de Dios y en amistad suya. Fuera de las horrendas tinieblas que padeció por espacio de quince años, como ya se dijo en el capítulo 14, después de las que al volver otra vez al estado de unión con su Esposo, se hallaba confirmada con nuevas luces en sus favores, la prometió el Señor muchas veces que no había de permitir que cayese un punto de su amistad y gracia. Uno de los confesores de la virgen quedó pasmado oyendo que gozaba don tan inestimable. Era este el P. Fr. Pedro de Loaisa, de la Orden de Predicadores, que deseaba saber con expe-

riencia más cierta, hasta donde llegaba la firmeza que la virgen tenía en esta confianza. Confesándola un día, y tomando ocasión de una imperfección de poco momento, comenzó á atemorizarla diciendo que era una cosa muy dudosa y digna de mayor examen y averiguación más solícita, pensando saber por este modo lo que obraba en Rosa este improviso sobresalto. Admirábase la virgen del lenguaje tan duro y desusado del confesor y de la acritud con que consuraba la acción que le confesaba. Le dejó decir cuanto quiso, sin irle á la mano en nada; pero al fin estando muy cierta que no había violado la amistad divina, vino en conocimiento de los intentos á que se enderezaba la industria oculta con que el confesor exploraba su espíritu y averiguaba los quilates de su confianza, Y así pidiéndole licencia con modestia y rendimiento, comenzó á decirle: «No puedo negar que es justo y saludable el consejo, y que es bueno obrar siempre con temores en lo que toca á la salvación del alma; y quiera Dios que yo acierte á obrar en esta parte como estoy obligada; pecadora soy, yo lo confieso, y para que no lo pueda negar, permitió Dios que llegase al estado miserable en que me veo, habiendo cometido esta culpa. Mas con todo esto, es tanta la benignidad de mi Esposo, que siento dentro de mí tan ciertas é inefables prendas de que no se ha interrumpido hasta ahora su gracia, que me parece que será más fácil persuadirme que soy un mármol ó una estatua de paja, que no que mi dulce dueño, ofendido de culpas graves ha hecho divorcio conmigo ó se ha retirado de mi alma. Padre mío, antes se juntará el cielo con la tierra que nadie me persuada ó haga creer que he caído en culpa mortal, porque sé muy bien las promesas, que aunque indigna, se sirvió mi Esposo de hacerme. Yo vivo muy confiada de este Señor, no porque haya merecido que así me preserve, sino porque sé que es muy fiel en todas sus palabras y muy firme en sus promesas.» Con esto quedó quieto y seguro el confesor, satisfecho de haber averiguado lo que desea-

ba, y escusándose brevemente con la virgen la dió á conocer que todo había sido querer probar su espíritu; y saber si era tan segura la confianza que tenía de vivir siempre en gracia y amistad de Dios, como ella decía; y que por eso había movido aquellas dudas y propuesto tan rígidamente el examen de aquel caso, que le había confesado.

La fuerza de esta confianza que puso en Dios desde los años primeros, tenía armada y defendida á Rosa contra cualquier contratiempo de esta vida mortal; y contra los temores, riesgos ó incomodidades que se le ofrecían. María de Oliva, madre de la virgen, por ser de complexión pusilánime, rehusaba mucho estar á oscuras, temiendo ilusiones y fantasmas. Así que siendo de noche, ni se atrevía á entrar en los aposentos retirados de la casa, ni aun á bajar al huerto sin compañía. Casi el mismo genio había heredado Rosa, y con todo eso para tener oración no reparaba en estar á oscuras, á solas y en lugares muy apartados del concurso de la gente; triunfaba la confianza que tenía en el divino Esposo, contra el pavor natural que de su natural pudiera fatigarla. Sucedió en una tarde más sombría que otras, cuando ya casi se confundía la luz con las tinieblas de la noche, que Rosa, siendo tierna niña, se detuvo más de lo acostumbrado en el huerto de su casa, entretenida con la dulzura de la meditación, de que se había dejado llevar en la soledad. Bajó su madre á buscarla, no sola, sino acompañada de su marido, porque como hemos dicho, era muy medrosa. Rosa, viendo desde lejos que sus padres venían, salióles al encuentro, y al proseguir los pasos le infundió el cielo un pensamiento que bastó para desterrar de su imaginación todo miedo desde allí adelante; enseñándola á tener firme confianza y llenando de seguridad su espíritu. «Ves aquí, decía entre sí, se atreve mi madre á bajar al huerto á estas horas y no teme como otras veces suele, y sólo con tener á su lado á su marido viene animosa; y yo que estoy asistida y defendida siempre y en todo lugar por

la presencia de mi divino Esposo, yo, que no á mi lado, sino en lo íntimo de mi corazón, tengo un compañero tan fiel, tan solícito, tan valiente, ¿tendré de hoy en adelante temor de los miedos de la noche? Confía aquella en un hombre mortal y se ha reducido á perder el miedo á los sobresaltos sólo con asistencia tan frágil, aun que es tan cobarde, ¿y á mí no me dará también seguros alientos la confianza que debo tener en Dios, que es mi Salvador, para no temblar ya de entrar-me por las tinieblas y oscuridades más retiradas?» Este pensamiento animoso hizo tanto asiento en el ánimo de Rosa, aunque era muy niña, desvaneció tan del todo en su espíritu la natural flaqueza y temores, que desde aquel punto se admiraba de sí misma, viendo que ni de día, ni de noche, ni en su casa, ni fuera de ella podían causarle espanto los peligros, aunque le saliesen al encuentro bestias fieras; asegurada con el socorro que se prometía de la asistencia del celestial Esposo, á quien tenía presente en su corazón.

No faltó ocasión en que manifestarse aquella heroica valentía del pecho virginal de Rosa entre riesgos arduos y repentinos. Vivía en una aldea pequeña con sus padres, siendo de doce años, y volviendo un día á su casa con su madre y hermanos vió en un llano espacioso, que un toro muy feroz se venía acercando. Este se había soltado del establo, y habiendo roto las coyundas con que estaba atado, y arrastrando parte de las sogas, caminaba á carrera abierta y furioso hacia el lugar de donde venía Rosa con los que la acompañaban. Su madre, casi muerta de espanto, miraba á un lado y á otro, buscando por donde escapar con sus hijos. Sólo Rosa sin temor y sin recelo se estuvo firme, y amonestó á su madre: «Hiciese lo mismo y que no irritase más con la huída el peligro que tenían tan vecino, prometiéndole juntamente que pasaría la fiera sin hacerles daño.» Aún no había acabado la virgen de pronunciar estas breves palabras, fijos en el cielo los ojos, cuando el animal feroz, dando un terrible bramido, torciendo

la carrera, como un nublado arrojado por la fuerza del viento y del torbellino, fué á acometer á la gente que estaba más distante; como si no hubiera divisado á Rosa y á su desarmado acompañamiento. Habíase pasado el peligro y palpitaba el corazón de su madre y hermanos; y Rosa sin mudar el color del rostro, les amonestó de nuevo: «Que tuviesen otra vez más firme esperanza en la ayuda del Altísimo; y en especial cuando por ser más inevitable el peligro, cierra todas las puertas y los caminos para escapar de él.»

Otra vez en Lima venía Rosa en un coche con su madre y otras matronas honestas y nobles, de una fiesta muy célebre á que habían asistido en un templo; fuéles forzoso pasar por la anchurosa plaza de la ciudad, donde á la sazón hallaron multitud de gente, que por el miedo de un toro bravo y feroz huía temerosa; irritando unos su furia con gritos y silvos, y otros con tirarle piedras y cantos. Volaba á todas partes el bruto, echaba de la boca espuma, humo por las narices, bramaba de un modo formidable, escarbaba en la arena, levantando nubes de polvo. Finalmente, después de mucha risa había llenado la plaza de confusión y miedo. Cuando vió desde lejos que venía la carroza, partió de carrera á encontrarse con ella. Perdieron el color y los alientos cuantos venían con Rosa, saltaron fuera con presteza los que hallaron la salida, poniendo la esperanza de la vida en huir del apretado lance que las amenazaba. El mismo cochero, embargado del miedo, miraba por dónde podría apearse con más seguridad y aprovecharse de los pies para escapar del riesgo; dejando á su ventura el coche y á su libertad desenfrenada los caballos desbocados, que sin duda le volcaran, maltratando y arrastrando á los que le ocupaban. Sólo Rosa, intrépida otra vez, levantando brevemente al cielo los ojos y volviéndolos luego á su acostumbrada modestia, quitó el miedo á las que tenía rendidas el susto, estorbó que se pusiesen en huída: «Persuadiéndoles que no era necesaria y asegurándoles que no llegaría el toro

adonde estaba la carroza, antes se volvería por donde había venido.» Apenas lo había dicho, cuando el suceso verificó su predicción; admirando á todos no menos el ánimo de la virgen, invencible y superior á todo peligro, que la veloz retirada del bruto, sin haber hecho agravio ni daño alguno. Pero Rosa en los más notorios y más apretados riesgos, más que nunca cantaba á su Esposo celestial divino, diciendo con el salmista Rey: «No temeré, Señor, los males que me amenazan, porque estáis siempre á mi lado para vencerlos y apartarlos.»

Quien tenía tanta confianza de la protección divina en los peligros mayores, que son los de la vida, no la podía tener menor en esperar socorros necesarios para alimentar la misma vida. Faltó un día el pan en su casa á toda la familia, que era numerosa, ni había tiempo para cocerle ni dineros á mano para comprarle; vino á su noticia que no había siquiera un bocado, causóle novedad que tan presto se hubiese consumido el que un día antes habían amasado; siendo así que parecía bastante para dos días. Pero más certificada de la penuria, sin temor alguno ni pesadumbre la vieron mover levemente los labios, para encomendar á Dios la necesidad que en su casa había; y luego con gran confianza y sin más dilaciones se fué al arca del pan, abrióla, halló que estaba llena y que el pan era blanco, cosa desusada en casa que no estaba sobrada, y sin levadura, aunque muy sabroso; dando bien á conocer su hechura y forma nunca vista y peregrina en aquella tierra, que no era de los que solía tener de provisión aquella familia.

En otra ocasión y tiempo faltó también la miel en la misma casa, que es condimento muy usado y necesario en aquellas regiones. María de Oliva, ó ignorante ó desacordada de la falta, envió dos y tres veces á la bodega, diciendo que le trajesen la miel, y volvían todos diciendo que no hallaban nada, porque estaba agotada la vasija. Compadecióse Rosa de la necesidad de tantos, y llevada de un instinto secretísimo que la dictaba interiormente grande esperanza, fundada en la Providen-

cia divina, dijo á su madre: «Si tú lo mandas yo bajaré en nombre del Señor á la cueva y veré si ha quedado algo y lo traeré luego. Bajó y halló la jarra llena de miel reciente. Quedó pasmada y atónita toda la casa con un tan nuevo espectáculo, y mucho más cuando experimentaron que con raro prodigio, fué suficiente la miel que concedió el cielo para el gasto cotidiano de la casa por espacio de ocho meses. ¿Quién vió jamás que las rosas supiesen el oficio de las abejas?

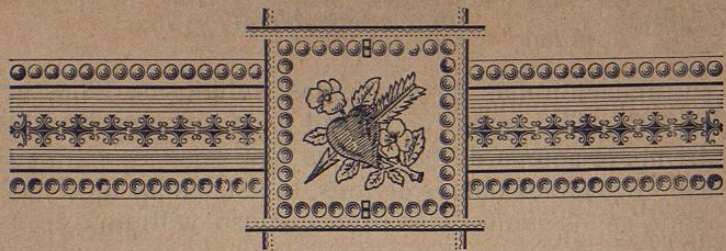
Una enfermedad molesta afligía el cuerpo de Gaspar de Flores, padre de la virgen; y juntamente le angustiaban el ánimo no pequeños cuidados y en especial una deuda de 50 pesos de plata, que no bastaba á pagar su corto caudal. Acongojábase también su madre sin saber que hacerse; apremiándola por una parte la importancia del acreedor, por otra la necesidad de su casa y familia, y más en particular la enfermedad del marido, faltando para todo dinero y ánimo en la mujer afligida. Sabiendo Rosa la pena de entrambos, determinóse á dar un tiento al rico tesoro de la divina Providencia con la llave de que usaba otras veces, que era la confianza filial en su Dios. Apenas había hecho oración en el templo, pidiendo remedio en tantos aprietos, cuando al volver á casa le salió al encuentro un manco desconocido; pero galán y modestamente hermoso, cortés y afable en el modo de hablar, quien saludando á la virgen, aunque muy de paño, juntamente le dió cierta cantidad de plata envuelta en un lienzo, diciéndole que remediase con aquel dinero la necesidad de sus padres, y sin más detenerse se ausentó de sus ojos. Al parecer poca era la moneda que estaba en el lienzo, atendiendo al peso y al bulto que hacía; pero luego que entrando en su casa le desenvolvió Rosa, halló cabalmente los 50 pesos que su padre debía, y yéndose desde allí á la cama donde estaba, repetía muchas veces: «Que era conveniente tener en la divina bondad mucha confianza; que esta era la que ahora les enviaba el remedio por medios oportunos, el que era suficiente para des-

viar de sí la molestia del acreedor pesado.» Parecíale á Gaspar de Flores que Rosa le contaba sueños, hasta que descubriendo el lienzo á sus ojos, contó puntualmente los 50 pesos que la habían dado.

No sólo en esta ocasión, sino en otras muchas experimentó aquella casa, siempre alcanzada y menesterosa, socorros del cielo en sus necesidades, atendiendo á que la firme y constante confianza que la santa hija tenía puesta en Dios, no se defraudase. Esta era una de las promesas que el celestial Esposo había hecho á su esposa, y este se contaba entre los bienes y dones que fuera del dote la señalaba, de tal suerte, que la mujer del contador, que más que otras era sabedora de los secretos de la virgen, tenía ya por adagio y solía decir: «¿Acaso el Esposo del cielo vuelve otra vez á desenvolsar dinero en virtud de tus ruegos y peticiones?» Y aún podemos decir que era tanta la confianza que Rosa tenía de la riqueza y magnanimidad de su poderoso Esposo, que se atrevía su liberalidad, aunque era pobrísima, á decir muchas veces y en público que él la tomaba á su cargo el edificar desde sus cimientos el nuevo convento de Santa Catalina, con tal que en sus días viniese la facultad real que se esperaba para dar principio á la fábrica.

Ya que hemos tocado este punto, del que en el capítulo siguiente se ha de tratar muy en particular, diremos lo que por revelación divina se manifestó y prometió á la virgen, acerca de la fundación de este monasterio. Trataba una vez Rosa cuando estaba en su casa con otras doncellas devotas de la nueva fábrica que se había de hacer del convento de Santa Catalina, con admirable confianza y con tantas veras como si la hubiera ya del todo acabado. Su madre, no pudiendo disimular el enfado y la molestia que esta plática le causaba, comenzóla á reprender ásperamente delante de todas las que la oían, como si fueran delitos los que decía ó sueños vanos los que contaba. «Acaba ya, necia, la decía, acaba de vender tantos disparates; advier-

te que fundar monasterio no es asunto de una mujer plebeya como tú eres y que no es empeño este de patrimonio tan corto como el mío, ni de otro mucho más caudal. Y tú hablas con tanta confianza, como si tuvieras reservados doscientos mil pesos para edificarle.» Respondió la modesta hija; «Si yo sólo atendiera á la posibilidad humana, si mirara á las manos avarientas de los hombres, yo te confesara que cuanto digo era un imposible; pero has de saber, madre mía, que pica más alto mi esperanza: tengo por fiador de esta verdad á aquel Señor en cuyo poder están todos los sucesos, y no me es ya lícito dudar ni tener desconfianza en su liberalidad infinita. Tus ojos verán el suceso.»



## CAPÍTULO XXVII

Tiene Rosa revelación divina de que ha de florecer en Lima un nuevo convento de Santa Catalina, aunque se la oculta el tiempo en que ha de ser fundado.

**C**ON ser tantos los edificios suntuosos y magníficos de Lima, corte y empóreo ilustre del Perú, dióle finalmente último complemento el monasterio de Santa Catalina de Sena, anchuroso y curiosamente edificado; formándose un colegio de numerosas vírgenes consagradas á Dios, bajo la observancia del instituto regular de nuestro Padre Santo Domingo. Fué su fundadora D.<sup>a</sup> Lucía Guerra de la Daga, viuda rica y de ilustre prosapia, por los años de 1622, cinco años después del bienaventurado tránsito de la virgen Rosa. Está situado en lugar y sitio muy acomodados é introducida la clausura y el noviciado desde el principio de su fundación, la que apenas concluída se comenzaron á celebrar los divinos oficios. Creció tanto este nuevo paraíso del Esposo celestial de las almas, que llegaron á contarse al poco tiempo de